

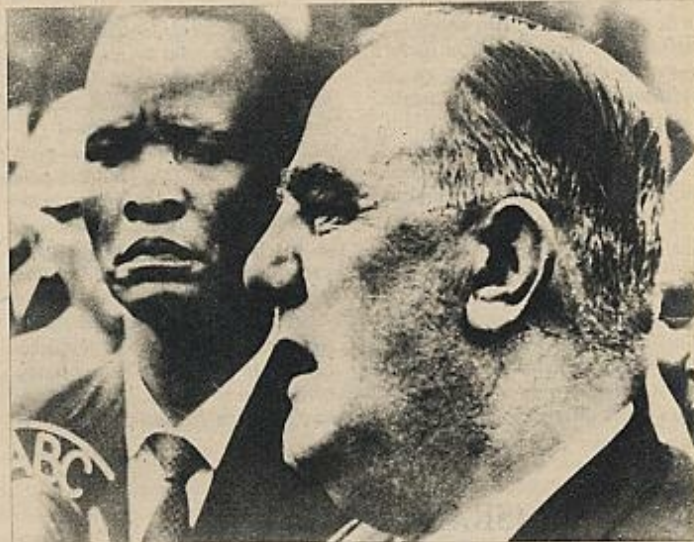
país vecino. Tiene también Israel que enfrentarse con una situación nueva: que la mayor parte de los países de Occidente consideran mucho más importante tener o no tener petróleo que la existencia o inexistencia del Estado de Israel.

Un factor más de la situación es la crisis económica interior. A pesar de la riqueza de Israel —propia y prestada por las comunidades judías de todo el mundo—, el costo de la guerra es enorme, y ha conducido a la devaluación de la libra israelí en una cifra que es un record en la reciente historia: el 43 por 100. Los precios han subido repentinamente de una manera dramática, y la escasez se está haciendo notar en muchos artículos de primera necesidad. Se han producido manifestaciones y movimientos de protesta; los sindicatos amenazan con huelgas, y la respuesta gubernamental es siempre la misma: no puede quebrarse la unidad interior ni tolerarse ningún incidente cuando el enemigo está a las puertas. Pero es una respuesta que no puede darse eternamente, y una vez más el Gobierno se encuentra ante las dos salidas clásicas: o negociar con el enemigo para que deje de serlo, o tratar de enfrentarse con él por la vía de la guerra.

Pero la guerra es un factor considerable de angustia en Israel. Hasta el año pasado, la nación se consideraba indiscutiblemente como capaz de manejar una guerra con posibilidades de triunfo. Ahora no. Las batallas de octubre fueron enormemente dañinas, y si se ha quebrado la fe en la política y la diplomacia, también se ha quebrado en la invulnerabilidad militar. Nadie está seguro de

si en un momento dado los Estados Unidos serían capaces de arriesgarse a una guerra mundial para ayudarles, nadie está seguro de que la nueva fuerza de los árabes —y las armas que, según Israel, están enviando en enormes cargamentos a los países árabes— podrían convertir una nueva guerra en una batalla definitiva. Esta manera de considerar el problema como el de la supervivencia es típica en el sistema de propaganda de Israel: nunca ha querido admitir que se trata de negociar condiciones de coexistencia, sino que ha planteado el tema como de vida o muerte. Lo está haciendo una vez más para recaudar la solidaridad de sus amigos y correligionarios de todo el mundo, pero nadie es capaz de decir si esta fórmula va o no a hacer efecto una vez más. Una gran parte de la opinión está cansada de la negativa de Israel a no ceder jamás y a no negociar jamás.

El discurso de Arafat ha sido duro, incluso muy duro. Ha planteado como un tema moral la existencia de Israel, de si una nación con vocación imperial y anexionista puede existir en el mundo de hoy; pero ha dejado viva la posibilidad del acuerdo, de la negociación. La respuesta de Israel ha sido, como queda dicho, el tanque y el cañón, pero puede no ser más que una respuesta visible, y en el fondo haya una meditación más realista de las cuestiones. Rabin, aun siendo un general con buenas victorias a su espalda, no es tan duro como Golda Meir o como el irreducible Moshe Dayan, que emparejaba la guerra a su propio prestigio personal. Rabin tiene la obligación ahora de ser más dúctil. ■



Sudáfrica ha quedado privada de sus derechos y privilegios hasta el final de la sesión de la Asamblea General, a la que ya no asiste desde su principio. Sin embargo, sigue perteneciendo a otros organismos de las Naciones Unidas en tanto cada uno de ellos no vote su expulsión. (En la foto, Vorster, primer ministro de la Unión Sudafricana.)

dos, los del Mercado Común, algunos latinoamericanos) y 19 abstenciones (entre ellas, la de España). Incluso muchos miembros de la Asamblea que han votado por el mantenimiento de Sudáfrica han insistido en el carácter aberrante de su régimen racista de "apartheid", pero han sostenido que les parecía ilegal esta expulsión según los conceptos de la Carta de las Naciones Unidas, que representaba un precedente peligroso y que, finalmente, no tendría ninguna eficacia. Los que estaban contra Sudáfrica manifestaron que, además del "apartheid" y otras prácticas racistas, Sudáfrica suponía un peligro militar para las naciones negras vecinas, que formaba bloque militar con Rhodesia con el mismo fin, y que entre ambas podría dar una nueva y feroz guerra al mundo al apoyar y sostener a las minorías blancas del África portuguesa en trance de descolonización.

Sudáfrica ha quedado de esta forma privada de sus derechos y privilegios hasta el final de la sesión de la Asamblea (el 17 de diciembre), a la que ya no asiste desde su principio (el 30 de septiembre, la Asamblea General vo-

ió contra la aceptación de las credenciales de la delegación sudafricana). Pretoria ha respondido retirando definitivamente su embajador y suspendiendo la contribución de su país a los gastos de la organización mundial (contribuía con un millón de dólares al año, aproximadamente).

Buteflika había pretendido que la expulsión de Sudáfrica se hiciera sin necesidad de votación, solamente por la decisión presidencial que interpretaba así la no aceptación de las credenciales. Se opuso, incluso con violencia verbal, el representante de los Estados Unidos, manteniendo que el presidente no tenía competencia para tomar una decisión de esa envergadura, y anunció su oposición terminante. En la Asamblea General no hay vetos, y, por lo tanto, la oposición de Estados Unidos cuenta como la de cualquier otro país; Buteflika aceptó poner el tema a votación, y ésta arrojó el resultado indicado.

Sin embargo, Sudáfrica sigue perteneciendo a otros organismos de las Naciones Unidas, en tanto cada uno de ellos no vote su expulsión; ésta sólo afecta a las sesiones de la Asamblea General. ■

ASAMBLEA GENERAL

La ONU de los pobres

Hace unos años, Indonesia se separó voluntariamente de las Naciones Unidas para fundar, con China, la ONU de los pobres: la otra, decían, está en manos de los poderosos, de los países ricos, y actuará siempre contra los otros. Cayó el régimen indonesio entre grandes matanzas de izquierdistas, China se integró en el sistema político mundial y la ONU de los pobres quedó olvidada. Ahora, la verdadera ONU, la de la Asamblea General, está manifestándose como una auténtica ONU de los pobres. Influye claramente la presidencia del argelino Buteflika: por sus calidades excepcionales de diplomático y por el creciente peso de su país en el Tercer Mundo. Esta es la Asamblea General que ha invitado a hablar a dos grandes grupos nacionales sin representación en la ONU, los palestinos y los por-

torriueños; la que ha escuchado a Costa Gomes exponer las condiciones de premeditación en su país; la que ha tomado acuerdos contra Chile —"la perfidia soviética ha logrado entronizarse en una de las instituciones más respetables que poseía el mundo", ha contestado Pinochet— y la que ha expulsado temporalmente a Sudáfrica por la práctica del racismo.

El caso de Sudáfrica es especialmente demostrativo porque, anteriormente, la moción de expulsión había sido examinada por el Consejo de Seguridad y rechazada por el veto triple de Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia: es decir, por el dominio del "mundo rico" en el mecanismo. Este dominio no ha prevalecido en la Asamblea General. La votación contra Sudáfrica ha sido de 91 contra 22 (los tres países cita-

PERU

Amenazas de guerra con Chile y Bolivia

Perú y Chile entraron en guerra en 1879: fue la guerra del Pacífico, la guerra del Nitrato. Perú era aliado de Bolivia y las dos na-

ciones fueron vencidas por Chile. La guerra tuvo varias treguas y varias reanudaciones, y, finalmente, Chile se llevó algún trozo de